

BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 11 Edición Especial: Roma - Fiuggi 2006

Octubre de 2006

Palabra de Dios

Pero el Señor me dijo: «te basta mi gracia, que mi fuerza se realiza en la flaqueza». Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso, me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte.

(2 Cor 12, 9-10)

Índice

Fiuggi 2006	1
Entre Roma y Fiuggi: Una Experiencia Inolvidable	2
Saludo de las Vísperas de Pentecostés	9
Unidad y Diversidad en la Renovación Carismática Católica	10
Testimonio de Brasil Fiuggi 2006	14
A Tu Servicio	16

Fiuggi 2006

Acepté el envío, por parte de la Regional de la Zona Centro, para representar a la Regional y asistir, con varios hermanos de otros grupos, al Encuentro Internacional del 40 aniversario de la Renovación Carismática que, con motivo de la celebración de Pentecostés '06, se vivió en Fiuggi los días 5 al 9 de Junio.

En aquel momento tenía los ánimos más bien cansados, y una cierta dosis de desgana. Estos últimos años en la RC de España habían dejado su huella. No voy a explicar los sufrimientos, porque todos hemos experimentado el desgaste que nos han producido; ése era el motivo de mi cansancio. Pero en medio de cansancios y dudas, tenía esperanza y fue creciendo en mí la expectación hacia lo que podríamos vivir en Italia.

Así partí para Roma. Todo lo anterior quedaba en segundo plano: **fui a celebrar.**

Iba a **celebrar** la vigilia de Pentecostés en San Pedro con el Papa y junto con todas las realidades existentes en la Iglesia. **Celebrar** Pentecostés con toda la Renovación Carismática del mundo en el Palaghiaccio de Marino. **Celebrar** el encuentro de preparación del aniversario de los cuarenta años de la RCC, que fue una celebración festiva, y en la visible unidad de todas las realidades carismáticas aglutinadas en torno al ICCRS.

Oración, predicaciones, palabra, testimonios... toda una bendición encadenada, para que en el transcurso de unos días desfilaran ante nosotros el pasado, el presente y las expectativas de futuro de la Renovación Carismática dentro de la Iglesia Católica.

A medida que iban transcurriendo las jornadas se fueron aposentando en nosotros la alegría serena, una fraternidad sin fronteras y la gozosa certeza de estar en buen camino. Sentimientos y experiencias que nos recordaban los primeros encuentros con el Señor.

Aprovechando la invitación pública del ICCRS a presentar al consejo todas las necesidades particulares de cada país, los delegados regionales de la RCCeE solicitamos ser recibidos por dicho consejo. La petición fue aceptada y Alan Panozza - presidente del consejo del ICCRS - nos recibió. Tanto para el P. Vicente Borragán como para mí fue un momento de reafirmación y bendición que deseamos transmitir a todos los miembros de la RCCeE y especialmente a todos los hermanos de la Regional de la Zona Centro que nos habían enviado.

Sobre todo deseo destacar de este líder internacional de la Renovación su fraternidad, su delicadeza y su acogida; sin duda es un hombre lleno de Dios.

Después de escuchar con respeto y serenamente nuestra exposición, por medio de preguntas precisas fue buscando conocer el fondo de todas las cosas y de todos los detalles que le comentábamos. Nos quedó claro que no trataba en ningún momento de "dornarnos la pildora", sino de entrar verdaderamente en la realidad y poder aconsejarnos con veracidad.

Calificó la realidad de España como parte de la enfermedad que tiene la Renovación dentro de Europa. Nos dejó claro que el ICCRS acoge y cuida todas las realidades carismáticas. Pero nos pidió con cierta vehemencia que no cam-

biáramos. Que siguiéramos adelante, y que no cayésemos en la tentación de construir imperios. Nos invitó a estar siempre cerca de nuestros obispos.

La bendición que supuso esta entrevista fue para nosotros una fuente de gozo, de paz y de emoción. Se renovaron los ánimos y se acabó el cansancio, que se transformó en ilusión renovada. Nos entraron ganas de gritar: ¡¡RCCeE: bien, adelante!! ¡¡El Señor nos bendice y cuida de nosotros!!

Te invito, querido hermano lector, a introducirte en las páginas de este boletín, y con un pequeño esfuerzo de imaginación, acompañar a los testigos de este encuentro y abrir tu corazón a las vivencias compartidas por cuantos asistimos a esos acontecimientos. ¡El Espíritu Santo hará el resto!

María de la Fuente
Emaús (Madrid)

Entre Roma y Fiuggi: Una Experiencia Inolvidable

Sentí una gran alegría cuando discernimiento de la Regional Central me comunicó que me enviaba al encuentro del Papa con las *nuevas realidades* de la Iglesia en la víspera del día de Pentecostés (3 de mayo del 2006), y para asistir al Encuentro Internacional de la Renovación Carismática, que habría de celebrarse en Fiuggi, una ciudad cercana a Roma, del 5 al 9 de junio. Era la primera vez que iba a asistir a una reunión internacional de la Renovación, y me hacía ilusión poder contemplar desde cerca cómo vivían su experiencia hermanos de otros países. Con el corazón expectante esperé la llegada del día de Pen-

tecostés.

El día 2 de mayo salimos de Madrid un buen grupo de hermanos, y en Fiumicino esperamos con paciencia al autobús que habría de llevarnos a Fiuggi. Antes de llegar al hotel pasamos a recoger la visera roja que habría de identificarnos durante todos los días. A las diez de la mañana del día 3 salimos hacia la Plaza de San Pedro. A las once estábamos ya esperando la apertura de las vallas de la Plaza. Varios miles de personas estábamos como atrapados, sin poder dar un paso ni hacia atrás ni hacia adelan-

te. Fueron unas horas agotadoras para muchos. El calor era sofocante. A nuestro lado podíamos contemplar grupos de Focolari, del Camino Neocatecumenal, de Comunión y Liberación, de Comunidades del Arca etc. que ponían un color especial en el ambiente. Cuando fueron abiertas las puertas de la Plaza, hacia las dos de la tarde, comenzamos a movernos con mucha lentitud, porque tuvimos que afrontar una dificultad adicional para la que no estábamos preparados: el paso de una valla de hierro, que nos impedía el acceso a la plaza. Para los mayores fue un tormento. Nunca me había sentido tan impotente en mi vida, pero lo conseguí, apoyado en algunas manos amigas. Logramos situarnos en el lado izquierdo de la plaza, al final de la columnata. Desde las cuatro de la tarde comenzaron las canciones y las actuaciones de los diversos movimientos eclesiales. Hacia las seis el Papa hizo su aparición.

I. VIGILIA Y FIESTA DE PENTECOSTÉS CON EL PAPA (días 3-4 de junio de 2006)

Desde hacía más de un año Benedicto XVI había expresado su deseo de reunirse con los movimientos y las nuevas comunidades existentes en la Iglesia, como lo había hecho el papa Juan Pablo II en el año 1998. La respuesta fue masiva. El espectáculo era



impresionante: banderas, pancartas, hombres de todas las razas, lenguas y colores. La radio dio la cifra de unos 350.000, pero podíamos ser muchos más. Era una explosión de vitalidad. Allí estábamos todos, junto al Papa, en el corazón mismo de la cristiandad. Matteo Calisi nos recordó en Fiuggi que Kiko Argüello se había dirigido a él, y le había dicho: “Estarás contento, ¿verdad?” Y Matteo le contestó: “¿Por qué?” “Porque todos estos, le replicó Kiko, son carismáticos.” Allí estaba presente una Iglesia joven y viva, sin grandes obras ni estructuras, sin grandes proyectos y sin hacer mucho ruido, pero llena de dones, de gracias y carismas. No se trataba de una Iglesia marginal ni paralela, sino la Iglesia de Jesús, convocada y guiada por su Espíritu. Yo sentía por momentos un estremecimiento que me corría por todo el cuerpo. Estábamos asistiendo a un *nuevo Pentecostés*. Miles de viseras rojas identificaban a los hermanos de la Renovación Carismática.

Las vísperas fueron realmente solemnes. Los salmos fueron acompañados por cantos de la Capilla Sixtina y por la intervención de alguno de los fundadores de los nuevos movimientos de la Iglesia. Chiara Lubich no pudo asistir, pero envió un mensaje precioso; Riccardi habló del Dios que se abaja para mirar a los humildes de la tierra, y que ahora estaba bendiciendo a su Iglesia a manos llenas; Kiko Argüello habló de la necesidad de reconstruir la Iglesia y de la colaboración íntima entre jerarquía y carisma...

El Papa hizo una alocución hermosa en torno al Espíritu. Pero yo tuve la impresión de que no supo descender al momento concreto que estábamos viviendo las cuatrocientas mil personas que le escuchábamos. Sus palabras sobrevolaron por encima de nosotros, sin llegar a tocarnos en lo más íntimo. Pero seguramente eso fue lo

de menos. Lo importante fue que allí la Iglesia entera fue bautizada de nuevo en el Espíritu, que el fuego cayó y resonaron las alabanzas y su eco se esparció por todo el mundo.

Regresamos a Fiuggi entrada la noche. Una cena rápida y a dormir, ya que, a la mañana siguiente, había que madrugar para estar pronto en la Plaza de San Pedro. La celebración de la eucaristía de Pentecostés estaba programada para las diez de la mañana. Cuando llegamos, la plaza estaba todavía medio vacía y pudimos elegir un buen lugar. El Papa, rodeado de varios cardenales y obispos, presidió la eucaristía y pronunció una homilía preciosa, en la que el Espíritu fue el gran protagonista: un Espíritu poderoso, pero de orden, que lleva a su Iglesia, que la anima e impulsa en todo momento.

Fuimos dejando la Plaza de San Pedro y nos dirigimos hacia los autobuses. La cita siguiente estaba programada en el Palaghiaccio de Marino, un palacio de deportes de un pueblo situado en las afueras de Roma. Allí nos juntamos unos seis o siete mil hermanos de la Renovación Carismática. Fue nuestro Pentecostés como grupo de la Iglesia. Allan Panozza, Presidente del ICCRS, hizo la acogida y la fiesta comenzó de inmediato con un rato largo de alabanza, seguida de dos enseñanzas: la primera del P. Rainerio Cantalamessa sobre *La gracia del Espíritu Santo*; la segunda del P. Tom Forrest, sobre *El poder del Espíritu Santo en nuestra vida*. Hubo problemas con la megafonía, pero pudimos comprender perfectamente el mensaje. El Espíritu actúa en una doble vertiente: hacia el interior del hombre en santidad, hacia el exterior en poder y en carismas; o, dicho con otras palabras, es rocío y aceite, paz y consuelo en el alma, y poder que arrastra hacia los hombres para proclamar lo que ha sucedido en nuestra tierra. A continuación hubo una ora-

ción muy ungida pidiendo una efusión desbordante del Espíritu sobre todos. Los cantos en lenguas brotaron a torrentes. Mons. Joseph Grech nos incitó a que pidiéramos al Espíritu Santo por lo menos un carisma, y todos los frutos de los que habla san Pablo en la carta a los Gálatas: el amor, la alegría, la paz, la afabilidad, la bondad... (Gál 6,22). En el palacio de deportes de Marino sólo se oía un clamor: “Ven, Espíritu Santo”. Era como un gran cenáculo, donde el Espíritu podía reposar, en forma de fuego y de alabanza, sobre cada uno de los que estábamos allí. Para mí fue el momento más intenso de aquel día. Finalmente, hubo una serie de testimonios de las comunidades italianas y un *Festival de alabanza*, una especie de concierto en honor del Espíritu Santo.

II. ENCUENTRO INTERNACIONAL EN FIUGGI (5-9 de junio de 2006)

En Fiuggi estuvimos desde el cinco de junio por la tarde hasta el nueve a mediodía. Tuvimos libre la mañana del lunes, día 5, y la aprovechamos para visitar la parte más antigua de la ciudad, verdaderamente encantadora. Una buena cerveza Heineken en lo más alto de la ciudad, regreso al hotel, comida... y a la *Palatenda*.

La *Palatenda* era una gran carpa de lona, situada a unos minutos de los hoteles, amplia y con buena acústica, por donde nos podíamos mover sin agobios. Nos reunimos unos 1500 representantes de más de sesenta países, unos cuarenta de los cuales éramos españoles. La Renovación Carismática estaba ampliamente representada: hombres y mujeres de todas las razas y de todas las lenguas, blancos y negros, asiáticos y americanos, europeos del este y del oeste... Era como un resto de aquella Iglesia viva que se había reunido en torno al Papa el día de Pentecostés. La edad media de los reunidos no era muy alta. No había

muchos jóvenes, pero eran muy numerosos los de mediana edad. El ambiente era agradable y alegre, aunque no desbordante. Teníamos por delante cuatro días enteros para repasar el *ayer*, el *hoy* y el *mañana* de la Renovación Carismática, para abrirnos a esa gracia desbordante y para abrir el oído a lo que el Espíritu proyecta para el futuro de esta corriente de gracia.

Allan Panozza, Presidente del ICCRS, dio la bienvenida a todos los asistentes y marcó la línea a seguir durante esos cuatro días. Todo giró en torno a tres grandes centros: la eucaristía, la alabanza y las enseñanzas. Las eucaristías, presididas por los dos obispos presentes en el Encuentro, fueron alegres y festivas, sobre todo las presididas por

Mons. Joseph Grech. Era un placer ver a aquel obispo, australiano de origen maltés, moviendo todo su cuerpo y cantando con todas sus fuerzas. La alabanza fue muy poderosa en algunos momentos, expresada casi siempre en una canción, pero cantada en diversas lenguas. Un momento muy espe-

cial, a mi juicio, fue la oración de sanación, llevada por dos africanos, Jean Pliya y el P. Tusiime. También fue muy emotiva para muchos la adoración, animada por Kim Kollins.

Pero donde yo quería tomar el pulso a la Renovación era en las enseñanzas. El tema del Encuentro era precisamente ese: *La Renovación carismática: ayer, hoy y mañana*. No es posible reseñar el contenido de todas las enseñanzas que, a mi juicio, fueron bastante desiguales y escasamente reveladoras, excepto en un par de ca-

nos, de la situación íntima de la Renovación. Pero las escuché con cariño y agradecimiento.

En torno al *pasado* versó la enseñanza Kevin y Dorothy Ranaghan, testigos de la Renovación desde los primeros días. Hicieron un buen recorrido desde los orígenes hasta nuestros días, en los que la Renovación ya se ha convertido en una ola de proporciones mundiales. Allan Panozza habló del *bautismo en el Espíritu*, como de la fuente permanente de esperanza para la Renovación. Mientras haya muchos hombres bautizados en el Espíritu esta corriente de gracia continuará su marcha por el mundo entero.



En torno al *presente* y al *futuro* giraron las enseñanzas de Matteo Callisi, Nancy Kellar y Reinaldo Beserra. Matteo Callisi abordó, con mucha claridad, el problema más actual y, tal vez, el más doloroso que tiene la Renovación. Esta corriente de gracia, nacida a impulsos del Espíritu Santo, tiende a institucionalizarse, a organizarse y a atrincherarse detrás de unos Estatutos y de unos Reglamentos. Expuso de una manera brillante que la Renovación no es un *movimiento*, sino una *corriente de gracia*, un *acontecimiento* que nos ha cogido de sorpresa

a todos, algo que nadie pudo prever, ni planificar, ni organizar. La Renovación es una gracia que atraviesa de lado a lado el corazón mismo de la Iglesia y que ha llenado de vida a tantos hombres y mujeres. Por eso, debemos estar muy atentos al peligro de institucionalización. Esta corriente de gracia, suscitada por el Espíritu, no puede ser concebida, ni catalogada, ni tratada como un movimiento. Lo que es importante y decisivo no es la institucionalización de la Renovación, sino que los hombres que se acerquen a ella sean renovados por entero.

Nancy Kellar habló de la necesidad de acompañarnos y de alentarnos los unos a los otros. Dijo, con mucha gracia, que deberíamos darnos cuatro

abrazos al día para sobrevivir, ocho para mantenernos, y dieciséis para poder crecer y así poder hacernos presentes en el mundo. Seguramente, todos los momentos han sido buenos para la evangelización, pero este es un momento singular. Alentar el celo por la misión, alimentar el ansia por llevar el mensaje de salvación a todos los

hombres, entregar a todos la vida que recibimos en nuestro bautismo en el Espíritu. Este es el momento, no hay que esperar a que las condiciones sean mejores, porque, tal vez, nunca lo serán. La unidad es esencial en la vida. Tenemos que aprender a perdonar y a olvidar, a unir las relaciones rotas y a reconstruir la unidad perdida.

Reinaldo Beserra hizo una llamada a la unidad y a pedirnos perdón los unos a los otros por los daños que hemos ocasionado a la Renovación, por las actitudes, gestos y acciones

Fiuggi 2006

ENCUENTRO
INTERNACIONAL DE
TODAS LAS REALIDADES
CARISMÁTICAS EN LA
IGLESIA CATÓLICA

Fechas: 5 al 9 de Junio

PENTECOSTÉS
ROMA

que no han construido la unidad. La Renovación carismática se ha dejado alcanzar por el pecado de la desunión. ¿Cómo recuperar la unidad perdida? Todos pensamos que la culpa es de los demás, pero deberíamos dejarnos conducir por el Espíritu hacia la unidad. Cada uno debería examinarse en particular para ver en qué ha fallado. Y todos deberíamos preguntarnos: ¿Qué podemos hacer a nivel individual? ¿Qué podemos hacer en nuestro grupo? ¿Qué podemos hacer a nivel de región o de nación? Perdonarnos los unos a los otros, aprender a perder para permanecer unidos, y aprender a no tener razón en todo. Una de los retos de la Renovación Carismática para el presente y el futuro es el de recuperar la unidad.

Michelle Moran y Jim Murphy hablaron de la *madurez eclesial*. Lo que pude captar de su enseñanza es que los hombres que hemos recibido el bautismo en el Espíritu tenemos que llegar a una madurez o *adulthood* en la vida cristiana, que se expresa no sólo en la alabanza, sino con el testimonio de la propia vida. Deberíamos estar siempre preparados para salir a compartir con nuestros hermanos lo que hemos recibido, aprender a no tomarnos demasiado en serio y a aceptar los errores que cometemos, pero perseverar hasta el final.

El P. Tom Forrest expresó su esperanza de que el Espíritu siga renovando a la Iglesia y a todos los hombres. Pero deberíamos aprender a respetar el ritmo de Dios. Él no tiene prisa ni está condicionado por el tiempo como nosotros. Nos gustaría que su reino avanzara poderoso por toda la tierra, pero el Señor no marcha sobre el carro del poder, sino en el carro de los humildes y de los pobres. Nos enseña a marchar alegres en la oscuridad y a estar contentos sin ningún motivo.

La Renovación, en definitiva, prosigue su marcha arrolladora. Pero los

nacidos o renacidos del Espíritu no deberían quedarse en pañales en su nueva vida, sino que deberían ir creciendo en el amor y en la alabanza, en la entrega a los demás y en la evangelización, llevando al mundo entero lo que ellos han recibido. Pero en medio de ese mundo lleno de luz aparecen dos temores: la división que se ha producido en la Renovación, y el peligro amenazante de la institucionalización. Esta corriente de gracia, que ha brotado del Espíritu para atravesar la Iglesia entera, corre el riesgo de ser esterilizada por nuestras divisiones y por nuestro afán de darla un cauce institu-

cional. ¿Podremos reconstruir la unidad y superar el peligro de la institucionalización?

III. INTERROGANTES Y REFLEXIONES

Al filo de las enseñanzas de los distintos hermanos, yo fui anotando no sólo lo que iban diciendo, sino lo que sus reflexiones me iban sugiriendo, contrastándolas con mi propia experiencia y con la realidad que estamos viviendo.

En Fiuggi estuvimos unas 1500

personas, cobijados bajo aquella carpa inmensa. Todos sabíamos que aquel grupo no era algo totalmente homogéneo. Allí estaban diversas ramas o familias de la Renovación. La pregunta era inevitable. ¿Por qué han nacido esas diversas familias? ¿Por qué se han separado del núcleo original? ¿Qué hacíamos todos allí? ¿Qué nos unía? ¿Qué nos separaba? ¿Por qué se ha llegado a la ruptura? ¿Qué lazos unen a esas diversas ramas? ¿Conservan todas ellas el *aire de familia* de esta corriente de gracia? ¿Es un signo de riqueza o de empobrecimiento la existencia de esas diversas familias? ¿Existen diversas maneras de entender la Renovación? ¿Son todas igualmente válidas? ¿Se pueden reclamar todas ellas de los orígenes? ¿Qué nos une a todos los que nos decimos carismáticos? ¿Estamos unidos en lo fundamental, separados en lo accidental?

¿Por qué han surgido las divisiones en el seno de la Renovación? ¿Quién las ha provocado? La Renovación ha vivido muchos años en la unidad, pero el peligro de querer encauzar esta corriente de gracia ha estado siempre latente. En efecto, la Renovación ha vivido siempre entre el filo cortante de la gratuidad más absoluta y de la necesidad de ser estructurada, entre ser una corriente de gracia desbordante o ser un movimiento bien organizado, entre el ser y el hacer. A juicio de algunos, o de muchos, esta corriente de gracia, desbordante de vida, corría el peligro de desmadrarse: había que ponerle algún dique y darle un cauce institucional. La elaboración de los Estatutos y su aprobación por parte de la jerarquía de la Iglesia ha convertido a la Renovación de una *corriente de gracia* en un *movimiento* más en el seno de la Iglesia. Con ello se ha desvirtuado la esencia misma de

la Renovación. El día 2 de mayo de 2002, Zenit publicó esta noticia a propósito de la aprobación de los Estatutos de la Renovación Carismática de Italia: “La Renovación Carismática, de *corriente de gracia* a *movimiento eclesial*. El episcopado italiano reconoce sus Estatutos.” A mí me salieron todos los colores a la cara. La institucionalización ha dado paso a la división. La Renovación ha sido convertida en un movimiento y ha sido frenada brutalmente en su carrera de corriente. Se quiera o no se quiera, la elaboración de los Estatutos ha provocado un salto cualitativo en la vida de la Renovación: de *corriente de gracia* ha sido convertida en un *movimiento eclesial*.



En el fondo de todo subyace el problema de la gratuidad de esta corriente de gracia. Eso es lo que ha dado origen a una doble concepción de lo que es la Renovación, eso es lo que ha provocado la ruptura y la consiguiente institucionalización. Las ambiciones humanas también han tenido su parte importante, pero, a mi juicio, son ya secundarias. Algunos han querido construir un pequeño imperio, tratando de atraer a todos los grupos a su propia concepción de la Renovación. Han sentido el temor de que esta *corriente de gracia*, libre de todo cauce institucional, pudiera provocar a los hombres a *vivir a su aire*. Pero no han sentido ningún temblor al poner sus manos sobre una realidad maravillosa, que no ha nacido ni de la carne

ni de la sangre, sino del Espíritu del Señor. Han tratado de encauzarla y de controlarla por medio de normas y de leyes, de Estatutos y de Reglamentos, donde todo está atado y bien atado.

La palabra *estatuto* procede del verbo latino *stare*, que significa estar en pie, estar firme, estar inmóvil. Esa es la raíz que ha dado origen a un montón de palabras en nuestra lengua (estable, estabilizar, establecer, establecimiento, estación, estado, estatura, estatua, estatuir, estatuto etc. etc.). La raíz de la palabra estatutos lleva en sí misma la idea de inmovilidad y de fijeza, de algo estable y establecido. Los Estatutos son una ley o una norma: ordenan, encauzan, establecen, estabilizan, asientan, dan firmeza y consistencia a alguna realidad, es decir, todo lo contrario de lo que está en movimiento, de lo que corre y fluye sin parar, de una corriente, de un vendaval, de lo que no está establecido, ni fijado de una vez para siempre.

Pero ni los Estatutos ni los Reglamentos forman parte de la esencia misma de la Renovación, sino que han introducido en ella una cuña o un cuerpo extraño que ella no pedía ni exigía ni la han perfeccionado. No ha sido el resultado de una evolución homogénea, ni el punto de llegada hacia una madurez eclesial, sino que han sido impuestos a ella desde fuera de una manera violenta. Ha sido como un salto peligroso de la gracia a la ley, de la gratuidad hacia la institucionalización. Lo queramos o no, los Estatutos le cortan las alas y la encauzan; deja de ser una corriente de agua viva, para convertirse en agua estancada, limpia y buena, ciertamente, pero agua embalsada que ya no corre ni llega a todos, sino que hay que acercarse a ella para beber. Esa Renovación, surgida de la elaboración de unos Estatutos, será, sin du-

da, una bendición para muchos, pero ya no es la Renovación original que el Espíritu Santo puso en marcha como una corriente impetuosa o como un vendaval. Si convertimos a la Renovación en una realidad en la que todo esté regulado o reglamentado, haremos de ella un movimiento más, pero entonces ya no merece una atención especial, al menos mi atención especial.



Cuando Matteo Calisi hablaba de que la Renovación no es un *movimiento* fue aplaudido sin cesar. Pero en lo más hondo de mi corazón, yo me preguntaba: ¿Por qué aplauden tanto? ¿Es que no lo sabíamos? ¿Es que lo oímos por primera vez? ¿Es necesario recordarlo ahora, después de casi cuarenta años de Renovación? ¿Es que lo habíamos olvidado y necesitábamos que alguien nos lo recordase? Eso es lo que hemos vivido durante más de treinta años. Pero, ¿estarían todos de acuerdo con sus palabras? ¿Se sentirían todos identificados con ellas? ¿No será ese el caballo de batalla de la Renovación? ¿Puede ser estructurada la Renovación como cualquier otro movimiento? ¿Quién puede asignar a esta corriente de gracia unos objetivos y unos medios, una organización y una estructura? ¿Quién puede darle Estatutos y Reglamentos? ¿Es un movimiento más? ¿Es la palabra *movimiento* lo que define a la Renovación? ¿Es un movimiento, como otros movimientos que existen en la Iglesia? ¿Se identifica con ellos en lo general, aunque se distinga en algún aspecto particular? ¿Cuál es la esencia, si se puede hablar así, de esta corriente de gracia, de este impulso del Espíritu, de este aroma o de este perfume que se ha esparcido por toda la Iglesia católica y en todas las Iglesias hermanas? Eso es lo que la hace una gracia universal, no limitada a un pequeño grupo, controlado por unas nor-

mas y por unos Estatutos, por generales que sean. Esta corriente de gracia no está sometida más que a la acción del Espíritu Santo. No conoce más ley que la libertad más absoluta del que la ha derramado sobre la Iglesia. Es su gracia lo que une a tantos millones de hombres, de todas las razas, lenguas y colores. Es la experiencia del Espíritu lo que une a esos hombres, no con lazos jurídicos, sino con lazos de gracia. Millones de hombres y mujeres han sido arrollados por esa corriente, invadidos por ese aroma o perfume que los ha hecho hombres nuevos o están en camino de serlo. Todo ha sido una gracia pura. Por eso hablamos de gratuidad por parte de Dios y de gratitud y de alabanza por parte del hombre.

La Renovación es una *corriente* por donde corre y salta la vida divina, una corriente a la que nadie puede establecer ni encauzar. No ha tenido un fundador, ni tiene planes ni objetivos, ni medios económicos ni organización. Ha sido suscitada por una *pasada* del Espíritu que ha atravesado a la Iglesia, a todas las Iglesias, como un chorro de gracia que ha corrido en todas las direcciones, y por el que han sido devueltos a la vida un montón impresionante de huesos secos y calcinados, para quienes se había pasado toda oportunidad de vivir. Durante unos 30 años ha vivido sin Estatutos ni Reglamentos y no se ha desbordado más que en alabanzas. En ella no ha habido lazos jurídicos que unieran a unos hombres con otros ni a unos grupos con otros; no ha habido votos ni

juramentos ni promesas, ni normas ni estructuras. La Renovación, en cuanto tal, no es una gracia social, destinada a hacer algo.

Se puede reprochar a la Renovación de no haber hecho nada grande en el mundo, de no haberse comprometido en la lucha por los derechos humanos ni en la defensa de los pobres. Ese reproche sería verdadero si el Espíritu la hubiera suscitado para conseguir unos objetivos concretos y no los hubiera cumplido. Pero el verdadero objetivo del Espíritu ha sido el corazón de los hombres. El capital de la Renovación Carismática no son sus obras, sino los hombres renovados; no lo que ellos han hecho, sino lo que el Espíritu ha hecho en ellos. El capital de la Renovación son esos sesenta o setenta millones de hombres, cuya vida ha sido tocada por la gracia de esta corriente. Eso es lo que seguramente nadie puede aportar: no grandes obras ni grandes presencias, sino vidas nuevas y renovadas. En eso consiste la eficacia de la acción del Espíritu en la Renovación. El Espíritu no la ha suscitado para hacer grandes cosas ni para hacerse presente en todos los problemas del mundo, sino para cambiar el corazón de los hombres. Sólo el hombre renovado podrá hacerse presente en el mundo y en el ambiente en el que vive: en la casa, en la familia, en la parroquia, en el trabajo, en las cárceles, en una ONG, en la ayuda a los pobres y a los enfermos...

¿Cómo será el futuro de la Renovación? Pero, ¿podemos hacernos esa pregunta? ¿Qué sabemos nosotros? Lo único seguro es que el Espíritu no abandonará nunca a su Iglesia y que, de una manera u otra, de esta o aquella forma, con estos o aquellos carismas, con estos o con otros hombres, seguirá haciendo su obra. En Fiuggi se habló de evangelización y

de ecumenismo, y se echó de menos la unidad. ¿Volveremos algún día a ella? ¿Se podrían dar alguno o algunos pasos hacia la unidad? Pero, ¿por qué se ha producido la división? ¿No habrá sido a causa de una concepción distinta de lo que es la Renovación? ¿No habrá sido la división el resultado normal de esas dos concepciones, que han derivado cada una en un camino propio? ¿No tendremos el camino de la gratuidad por una parte, y el de la institucionalización por otra? Yo creo que es absolutamente necesario reconocer esa doble concepción de la Renovación. Porque si la división depende de ella, entonces no se trataría de una corrección de rumbo, como un barco que se desvía ligeramente de su camino, sino de una verdadera ruptura. Y en ese caso la unidad o la reunificación es imposible. La unidad no se conseguiría pidiéndonos perdón unos a otros. Sería fácil si se tratase de una discusión interna o de ligeras heridas que se han producido accidentalmente, pero se trata de algo muy profundo que nos separa en el mismo punto de partida. Por eso, el camino puede ser mucho más sencillo: admitir esa doble concepción de la Renovación, reconocer y respetar cada una de esas ramas o familias que han nacido de ella, trabajar unidos en algunos campos, organizar encuentros comunes donde podamos vernos y compartir fraternalmente lo que nos une... y continuar nuestro camino en el respeto y en el amor de los unos por los otros. En ese sentido podemos hacer juntos un largo camino, porque todos bebemos de la misma fuente.

A mí me gustaría que todos volviéramos nuestros ojos a lo que no es negociable en la Renovación, a aquellos primeros días, cuando ríos de agua viva se derramaron a torrentes sobre los que recibieron esta gracia. Así es como fueron naciendo los grupos, de una manera espontánea, sin que nadie los programara, sin servidores y sin coordinadoras, unidos sólo

por aquella gracia que taladraba su corazón y les llevaba a la alabanza. Entonces nadie hizo planes de *evangelización*, sino que la gracia derramada y vivida fue evangelizadora por ella misma; nadie hizo proyectos de *ecumenismo*, pero los que recibieron aquella gracia comenzaron a compartirla con grupos de hermanos separados. Era una gracia explosiva, que hacía vivir hacia dentro y estallaba hacia fuera y unía a los grupos, a los hombres y a las Iglesias. Los grupos de la Renovación deberían caminar, ahora como entonces, en plena libertad, sin ser sometidos al tormento de unos Estatutos o de un Reglamento. Ellos son lo más original, limpio y genuino de la Renovación. Allí es donde la mayoría reciben el bautismo en el Espíritu, donde se hacen hombres nuevos, donde maduran en su fe y en su encuentro con el Señor, y de donde salen hacia la vida para contagiar lo que ellos han recibido.

A mí me gustaría también que cada una de las ramas o de las familias que han nacido y que viven la gracia de la Renovación, pero que han adquirido como una propia autonomía, llevaran un nombre propio que las identificara claramente. Y que quedara el nombre de *Renovación Carismática* para designar a los grupos, como células madre de esta corriente de gracia, donde nos hemos unido en plena libertad, sin ningún compromiso y sin ningún vínculo jurídico, aquellos a quienes el Espíritu del Señor nos ha enseñado a vivir en la más pura gratuidad y donde nos ha hecho estallar en alabanzas y en acción de gracias.

No aspiro a tener razón en lo que acabo de decir en alta voz. ¿Para qué quiero yo tener razón? Son palabras al aire, palabras al silencio, preguntas que pueden quedar sin respuesta, porque la Renovación nos sobrepasa por completo. Pero no puedo ocultar que la gracia de la Renovación ha cambiado por completo mi vida. Seguramen-

te no sería igual si no hubiera sido bañada por esta corriente de gracia.

En Fiuggi viví unos días con una paz serena y con un gozo apenas con-

¿Qué ha significado todo esto para mí? Un descubrimiento de la gratuidad absoluta de la acción del Señor y un derroche de gracias que ha envuelto mi vida en un manto de amor.

tenido. Me sentía muy a gusto entre mis hermanos de grupo y en medio de aquella gran comunidad, en la que todos éramos movidos por el mismo Espíritu. Era mi primera experiencia en un Encuentro Internacional y no me ha defraudado. De aquellos días señalaría, sin embargo, tres momentos muy preciosos para mí: las vísperas de Pentecostés en la Plaza de San Pedro, contemplando a aquella Iglesia viva, me hizo estremecer de gozo; la oración para la efusión del Espíritu en el Palaghiaccio de Marino tocó mis fibras más íntimas; la oración de sanación me puso en presencia del Señor y Salvador de mi vida. Pero no fueron sólo esos momentos. A veces me abstraía por completo y sólo pensaba en lo que he vivido en los casi 30 años que llevo en la Renovación, y que no puede ser comparado con los años precedentes. ¿Qué ha significado todo esto para mí? Un descubrimiento de la gratuidad absoluta de la acción del Señor y un derroche de gracias que ha envuelto mi vida en un manto de amor. Los días de Fiuggi fueron la confirmación de la seguridad que he tenido desde que conocí la Renovación: la de haber sido introducido en un reino de gratuidad, donde todo lo que yo pueda hacer por Dios es absolutamente nada en comparación con lo que él ya ha hecho por mí, que me ha llevado a vivir en el amor y en la alabanza, en la adoración y en un éxtasis total.

Vicente Borragán Mata

Saludo de las Vísperas de Pentecostés 2006

Palabras de Patti Mansfield como representante de la Renovación Carismática Católica, ante Benedicto XVI en la celebración de Pentecostés 2006 en Roma

Querido Santo Padre,

Con todo nuestro corazón le agradecemos el habernos invitado para encontrarnos con usted en esta gloriosa fiesta de Pentecostés. Somos sus hijos e hijas; somos hijos e hijas de la Iglesia, hijos de María, y somos el fruto del Concilio Vaticano Segundo.

Santo Padre, a mí se me dio la gracia, en febrero de 1967, de ser bautizada en el Espíritu Santo en un retiro de estudiantes de la Universidad de Duquesne que marcó el comienzo de la Renovación Carismática Católica. De inmediato acudí a los Documentos del Concilio Vaticano II para buscar guía para entender mi experiencia. Lo que leí en Lumen Gentium, 12 sobre los carismas me alentó a abrirme al Espíritu Santo y sus sorpresas. Cada movimiento y comunidad tiene su propia historia especial, pero en cada uno existe esta misma realidad: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5, 5).

Santo Padre, gracias por amarnos. Gracias por su apoyo y aliento constante. Gracias por decir que usted es amigo de los movimientos y que nosotros somos un signo de la Nueva Primavera. Jesús dijo: “Si me amáis, guardad mi palabra” (cf. Jn 14, 23), y aquí estamos dispuestos a recibir su palabra, Santo Padre, y a seguir su dirección porque le amamos.

Santa Catalina de Siena llamó al Papa de su tiempo: “Papaíto, el dulce Cristo sobre la tierra”. Nos hacemos eco de su ternura y afecto hoy llamándole: Papa Benedicto XVI, “el dulce

Cristo sobre la tierra” para nosotros. Nos ponemos a su completa disposición para la Nueva Evangelización. Pues no nos predicamos a nosotros mismos – no a nuestros movimientos, a nuestras comunidades, ni a nuestras obras – no, no es a nosotros que predicamos, sino a Jesucristo como Señor y a nosotros como sus siervos por amor a Jesús (cf. II Cor. 4, 5).

Santo Padre, usted ha exclamado a la Iglesia y al mundo: “¡Deus Caritas Est!” Permítanos unimos a usted al proclamar que Jesús mismo es verdaderamente la perla preciosa y el tesoro escondido en el campo por el que merece la pena abandonarlo todo para poseerlo (cf. Mt. 13, 46).

Gracias Santo Padre, por convocarnos aquí al corazón de la Iglesia, pues es aquí donde descubrimos la vocación que compartimos como movimientos eclesiales y nuevas comuni-

dades. ¡Nuestra vocación es el amor! Hoy hacemos nuestras las palabras de Santa Teresa de Lisieux y decimos: “En el corazón de la Iglesia, nuestra Madre, ¡queremos ser y seremos amor!”

Patti Gallagher Mansfield
Renovación Carismática Católica de
Nueva Orleans



Unidad y Diversidad en la Renovación Carismática Católica

Introducción

Queridos hermanos y hermanas, es un gran honor para mí el poder hablarles hoy a ustedes, que han experimentado la acción dinámica y poderosa del Espíritu Santo en sus vidas y en la Iglesia de sus países de origen.

Debo decirles con sinceridad que son personas muy importantes en el plano del Señor. Por tanto, quisiera compartir con ustedes algunos pensamientos en nuestra reflexión de hoy.

En abril de 1998, el siervo de Dios, el Papa Juan Pablo II, al hablar de la RCC afirmó:

“El movimiento carismático católico es uno de tantos frutos del Concilio Vaticano II. ¿Cómo no agradecer los preciosos frutos espirituales que la Renovación ha generado en la Iglesia y en tantas personas? ¡Cuántos fieles laicos, hombres y mujeres, jóvenes, adultos y ancianos, han podido experimentar el asombroso poder del Espíritu y de sus dones! ¡Cuántas personas han vuelto a descubrir la fe, el gusto por la oración, la fuerza y la belleza de la Palabra de Dios, traduciéndolo todo en un generoso servicio a la misión de la Iglesia! Por todo ello hoy, junto a vosotros, quiero alabar y dar gracias al Espíritu Santo” (JUAN PABLO II, en *L'Osservatore Romano*, 5 de abril 1998).

Hablar en concreto de la unidad y la diversidad de la Renovación es sólo un intento para decir qué mensaje hay que enviar al mundo y a los cristianos.

Lo que está en juego es el fenómeno mismo, tomado globalmente y no simplemente esta o aquella práctica, como por ejemplo las lenguas o las sanaciones, etc. o los Estatutos de alguna organización carismática internacional o de los organismos representativos.

El Papa Juan Pablo II afirmó: “El movimiento carismático católico es uno de tantos frutos del Concilio Vaticano II. ¿Cómo no agradecer los preciosos frutos que la renovación ha generado en la Iglesia y en tantas personas?”

La RCC como acontecimiento extraordinario del Espíritu

Considero a la Renovación como el acontecimiento extraordinario del Espíritu, un acontecimiento que está destinado a caracterizar el futuro mismo de la Iglesia, como indicó proféticamente Pablo VI el 19 de mayo de 1975 definiéndolo como “una oportunidad para la Iglesia y el mundo” (Cf. texto francés en: *Enseñanzas de Pablo VI*, Ciudad del Vaticano, Vol. XIII [1975] 536-542).

Este movimiento, tan poco estudiado por los especialistas e incluso poco conocido en su verdadera naturaleza por algunos dirigentes de la Iglesia, es el movimiento misionero de mayor crecimiento en el mundo. Esto conlleva una dimensión significativamente ecuménica que ha tenido en cuarenta años un crecimiento exponencial de cero a unos ciento veinte millones de personas que se han adherido a él. ¡Se trata del mayor movimiento de renacimiento y renovación en la historia del catolicismo! (Dr. David Barret en el *Global Evangelization Movement*, Cf. *Charisma Magazine*, New Briefs, pag. 22, marzo 1997). Cf. Massimo Introvigne, *La Sfida Pentecostale (El desafío pentecostal)* LDC, Torino 1996, y *Aspettando la Pentecoste*, il Quarto Ecumenismo, entrevista a Matteo Calisi y Giovanni Traettino, Edizioni

Messaggero, Padova 1996).

Jamás había habido en la historia de la Iglesia Católica un movimiento de renacimiento de tales proporciones.

Ante un movimiento de unos ciento veinte millones de personas - que en su gran mayoría tienen una genuina experiencia de vida cristiana y un sincero deseo de misión - es difícil negar la presencia del Espíritu de Dios.

La Renovación ha sido, en ciertos aspectos, un “shock espiritual” para la Iglesia; de hecho, ningún hombre hubiera podido prever o planificar una Efusión del Espíritu Santo al comienzo del tercer milenio en millones y millones de hombres y mujeres que ahora están hambrientos y a la búsqueda de Dios.

Algunas tentaciones que se deben evitar

Pero ahora quisiera que tuviéramos una comprensión profunda de lo que hace Dios en la Renovación y cuál es el mensaje que debe enviar a la Iglesia, para que eso sea según el plan de Dios y no según la expectativa humana.

Por tanto, para hacer que la RCC continúe siendo lo que era al principio en el plan de Dios, debemos huir de cualquier abuso o tentación de control humano, para que lo que ha nacido como “fruto del Espíritu” no sea conducido según el “fruto de la carne” (Gál 5, 22).

Siempre existe el peligro, la tentación humana, de una “institucionalización” excesiva de la RCC, reduciéndola a una mera organización humana, sociológica, religiosa...

Ya que siempre existe el peligro, la tentación humana de una “institucionalización” excesiva de la RCC, reduciéndola a una mera organización humana, sociológica, religiosa, sometida supinamente al control incluso de cierta política eclesiástica, hasta hacerle perder toda su carga profética.

La Renovación se ha difundido por los más diversos ambientes de la Iglesia, y ha asumido distintas formas de apostolado, por lo que es puramente ilusorio y absurdo quererla estructurar y controlar.

En algunos ambientes de la Renovación se ha insinuado la idea malsana de que la “madurez eclesial” consiste en una especie de institucionalización y organización bajo varios niveles geográficos, para poder tenerla controlada.

Pero si miramos más de cerca la realidad y el desarrollo que ha tenido la Renovación en estos cuarenta años, vemos que se ha difundido por los más diversos ambientes de la Iglesia, y ha asumido distintas formas de apostolado, por lo que es puramente ilusorio y absurdo quererla estructurar y controlar.

La RCC ha suscitado en la Iglesia: grupos de oración en parroquias, capillas, colegios, cárceles, institutos religiosos, campus universitarios; comunidades de alianza, comunidades de vida con laicos y/o clérigos y/o consagrados, comunidades y asociaciones ecuménicas, asociaciones de fieles, congregaciones religiosas, comunidades monásticas, universidades privadas, ministerios de sanación, institutos y escuelas de evangelización católica, ministerios de liturgia, servicios de promoción humana y social, ministerios para los jóvenes, ministerios para sacerdotes, ministerios de música y arte cristiano, ministerios de evangelización a través de los medios de comunicación (editoriales, prensa, radio y televisión).

Cada realidad carismática comparte de forma particular las gracias espe-

cíficas de la Renovación (como, por ejemplo, el bautismo en el Espíritu); sin embargo, aunque muestren un denominador común, son totalmente independientes unas de otras. A veces, algunas de ellas, reconocidas o erigidas canónicamente por la autoridad eclesiástica (diócesis o Santa Sede) incluso en la misma área geográfica, son, sin embargo, independientes unas de otras.

Tales aseveraciones rechazan la tentación de algunos de hacer de la Renovación Carismática un *movimiento eclesial* propiamente dicho. De hecho no puede y no debe convertirse en un *movimiento* como otros, como el movimiento de los Focolares, de Comunión y Liberación, de la Comunidad de Sant’Egidio, etc., es decir, en una nueva asociación eclesial, sino que debe seguir siendo una “corriente de gracia” - como muchas veces afirmó el Cardenal Suenens - “que pasa, llevando la dimensión carismática inherente a la Iglesia, haciéndola más consciente” (*Lo Spirito Santo nostra speranza* [El Espíritu Santo, nuestra esperanza], Edizioni Paoline, pág. 108-109).

Como el movimiento bíblico proponía antes del Concilio redescubrir las Sagradas Escrituras en la vida ordinaria de los católicos o como el movimiento litúrgico proponía la reforma de la liturgia para hacerla comprensible a los fieles, así el “movimiento” carismático vuelve a proponer suscitar o revitalizar la obra del Espíritu Santo y de sus carismas en la Iglesia.

El “movimiento” carismático vuelve a proponer suscitar o revitalizar la obra del Espíritu Santo y de sus carismas en la Iglesia.

Por tanto, sería más correcto hablar de la Renovación Carismática de la Iglesia Católica como de una corriente transversal al catolicismo contemporáneo que renueva la potencia de los carismas en todos los bautizados, y no simplemente de un lugar referente a una sola asociación eclesial de fieles laicos definido como Renovación Carismática Católica.

Una de las principales preocupaciones del Cardenal Suenens era que la Renovación tenía el riesgo de no verse reconocida según su verdadera identidad y naturaleza, es decir, como una moción del Espíritu Santo para renovar múltiples aspectos de la Iglesia.

Aunque es cierto que el Espíritu Santo suscita desde esta “corriente de gracia” numerosas formas y expresiones organizadas que se refieren a la RCC, ninguna de estas formas han sido reconocidas y apreciadas por la autoridad eclesiástica; nunca podrán agotar o ser la única forma de lo que es el significado más amplio de la Renovación Carismática de la Iglesia Católica. Sería desnaturalizar aquello que el Espíritu Santo ha dado libremente para que se cumpla en esta “corriente de gracia ecuménica” que, sin embargo, se ha difundido más allá de los confines visibles de la Iglesia Católica entre otros seiscientos millones de fieles de otras iglesias y comunidades cristianas.

Por analogía, la RCC es como el “movimiento ecuménico” que ha suscitado en la Iglesia distintas entidades de carácter “ecuménico”, pero ninguno de ellos podrá nunca tener la pretensión de ser el único “modelo” o el “prototipo” de referencia para el ecumenismo. De la misma forma nos referimos a la naturaleza del “movimiento carismático católico” como expresión de toda la Iglesia y no prerrogativa de una sola asociación de fieles.

Para el Padre Raniero Cantalamessa, la RCC “es una gracia para toda la Iglesia. Es una obra del Espíritu Santo, que después se concreta - y diría también se institucionaliza - en diversas asociaciones, organizaciones y comunidades que, sin embargo, no definen por sí completamente lo que es la gracia de la Renovación”.

Por esta razón sería quizá más correcto hablar de una pluralidad de movimientos carismáticos dentro de la Iglesia, ya que la RCC no se presenta

El Cardenal Suenens puso en guardia a los responsables de la Iglesia contra la tentación de transformar la Renovación en un movimiento entre tantos otros.

como un movimiento eclesial verdadero y propio, único y uniforme. Quizá ni siquiera sería correcto definirlo como un “movimiento”; tampoco bajo el punto de vista sociológico sería legítimo calificarlo como tal.

En los últimos tres años he tenido el honor y el gozo de encontrar en varias ocasiones en Buenos Aires (Argentina) al Padre Carlos Aldunate S.J., octogenario y en buena salud, uno de los célebres teólogos que colaboraron con el Cardenal Suenens para elaborar los Documentos de Malinas sobre la RCC.

Él me refirió que en la época de los documentos de Malinas una de las principales preocupaciones del Cardenal Suenens era que la Renovación tenía el riesgo de no verse reconocida según su verdadera identidad y naturaleza, es decir, como una moción del Espíritu Santo para renovar múltiples aspectos de la Iglesia. El Cardenal puso en guardia a los responsables de

En cambio, es más importante el hecho de que haya cristianos que dan testimonio de que esto es un don que se ha realizado para todos: la experiencia de revivir Pentecostés en su potencia y su gratuidad.

la Iglesia contra la tentación de transformar la Renovación en un movimiento entre tantos otros (Cf. *Ricordi e speranze [Recuerdos y esperanzas]*, Edizioni Paoline, 1993, Cap VI, 9 pág. 281).

Tales afirmaciones del Padre Aldunate me recordaron también lo que fue, según el Padre jesuita Paul Lebeau - teólogo privado del Cardenal belga - una convicción del Cardenal Suenens de que la RCC no era “un

movimiento como otros movimientos” ni “de una manifestación exclusiva y que supliese a todo” sino “de una corriente de gracia que pasa llevando a una mayor consciencia la dimensión carismática inherente a la Iglesia” (*Une nouvelle Pentecôte*, pág. 108-109; en italiano: *Lo Spirito Santo nostra speranza*, Edizioni Paoline, Roma 1975 y la Carta Pastoral del Episcopado Belga *Il RCC: una grazia que passa*). Su misma dinámica lleva a esta renovación a disolverse en cuanto a movimiento bien distinto “como las aguas de un río que pierde su propio nombre cuando desemboca en el mar” (pág. 110). (Citado en *Ricordi e speranze*, Cap VI, 9 pág. 284).

Tal preocupación instigó en los años recientes en otras instancias acreditadas en la Iglesia, para evitar la tentación de institucionalizar la experiencia carismática del “bautismo en el Espíritu” en un movimiento eclesial específico, permitiendo que se difundiera a cada cristiano y volviendo a tomar así el pensamiento fundamental del Cardenal Suenens.

Algunos de estos pensamientos están recogidos en el texto *Ravvivara la fiamma* (Reavivar la llama), elaborado por la Comisión de los teólogos y operadores pastorales “The Heart of the Church” (El corazón de la Iglesia) en 1990 en Techny, Illinois (EEUU), con el apoyo de la Comisión ‘ad hoc’ de los Obispos para la Renovación Carismática y en el texto del Padre Kilian McDonnell osb, y el Padre George T. Montague con el título *Iniziazione cristiana e Battesimo nello Spirito: Testimonianza dei Padri della Chiesa nei primi otto secoli* (Iniciación Cristiana y bautismo en el Espíritu Santo, testimonio de los padres de la Iglesia en los primeros ocho siglos). [*Christian initiation and baptism in the Holy Spirit, Evidence from the First Eight Centuries*, The Liturgical Press, Collgville, Minnesota, A Michael Glazier Book, 1991 - en lengua italiana Edizioni Dehoniane, Roma 1993].

En una de mis estancias en Argentina, el Padre Aldunate me entregó un importante discurso del Padre Peter-Hans Kolvenbach, Prepósito General de la Compañía de Jesús, a los jesuitas comprometidos con la Renovación Carismática.

En un pasaje de su discurso el Padre Kolvenbach afirma que para el Cardenal Suenens:

“Su primer deseo para el tercer milenio era que se dejara de hablar de la Renovación como de un movimiento como los otros movimientos (...) Si algunos en la Iglesia viven esta realidad de forma más fuerte y explícita, ésta no tiene el objetivo de constituir aparte una organización paralela respecto a la Iglesia, sino que tiene la finalidad de manifestarse como lo que es en el fondo y de estar a su servicio. El Cardenal hablaba de la existencia de un modo de ver y de pensar de algunos altos responsables de la Iglesia, para los cuales todo debe ar-

La alarma de una excesiva institucionalización del “movimiento”, además, ha sido objeto de reflexión en la última Consulta y en la Conferencia Internacional que los dirigentes de la Renovación Carismática tuvieron en Castelgandolfo (Roma) hace varios años.

ticularse y organizarse en “movimientos”. Para demostrar mejor que la efusión del Espíritu debe irradiarse dentro y para toda la Iglesia, en lugar de la palabra “carismática”, según él demasiado estricta y un poco ambigua, prefería la palabra “pentecostal”, que evoca y compromete la presencia actual y vivificante del Espíritu en toda la Iglesia, carismas incluidos. Pero poco importa si el conjunto de los carismáticos sea sin embargo considerado y tratado como un movimiento entre los demás. En cambio, es más importante el hecho de que haya cristianos, y entre ellos también jesuitas, que dan testimonio de que esto es un don que se ha realizado para todos: la experiencia de revivir Pentecostés en su potencia y su gratuidad, de recibir este nuevo bautismo en el Espíritu Santo, el cual nunca ha cesado de fundar y vivificar la Iglesia y de darle la verdadera vida en abundancia, Él, el dador de vida” (3 de mayo 2000).

La alarma de una excesiva institu-

cionalización del “movimiento”, además, ha sido objeto de reflexión en la última Consulta y en la Conferencia Internacional que los dirigentes de la Renovación Carismática tuvieron en Castelgandolfo (Roma) hace varios años.

Según el documento de Malinas nº 1: “Sin embargo, el uso de estos términos presenta el inconveniente, en consideración a la gente, de sugerir que la Renovación Carismática sea una organización humana y, por tanto,

La Santa Sede ha instituido dos organismos, con reconocimiento a nivel pontificio, cuyo único fin es el de promover y coordinar la legítima y autónoma expresión de la RCC a nivel mundial. Son ICCRS y la Catholic Fraternity. Pero estos dos organismos no tienen poder de gobierno, sino sólo de servicio, ni sus representantes tienen que considerarse gobernantes de la RCC.

el resultado de la iniciativa humana y por eso es que se tiende a evitarlo. (Cómo designar la “Renovación” nº 3, III. Sectores específicos de interés teológico).

A nivel mundial no existe un jefe-fundador ni un dirigente espiritual que la represente. La Santa Sede ha instituido dos organismos, con reconocimiento a nivel pontificio, cuyo único fin es el de promover y coordinar la legítima y autónoma expresión de la RCC a nivel mundial. Son ICCRS y la *Catholic Fraternity*. Pero estos dos organismos no tienen poder de gobierno, sino sólo de servicio, ni sus representantes tienen que considerarse gobernantes de la RCC. Se mantienen bajo la legítima autoridad de la Iglesia que pertenece a los obispos.

Comunión en la pluralidad de los dones del Espíritu

En esta elección el Papa ha querido salvaguardar la verdadera naturaleza de la RCC, pero también la eclesiología católica de comunión, sin uniformismo, sin querer crear un “movimiento organizado” sino que en el respeto de los distintos carismas cada uno podrá contribuir a la edificación de la única Iglesia de Cristo, como afirma San Pablo en su epístola a los corintios:

“Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; hay diversidad de obras, pero el Dios es el mismo, el que obra todas las cosas en todos” (1 Cor 12, 4-6).

“Del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, por muchos que sean, no forman más que un cuerpo, así también Cristo” (1 Cor 12,12).

Este concepto de la Iglesia-comunión debe ser correctamente interpretado y traducido en la vida interna de la Renovación Carismática. ¿Qué significa la compleja palabra “comunión” vivida en la diversidad de las expresiones carismáticas? Hermanos y hermanas: ¡Dios ama la diversidad, Dios bendice la diversidad carismática!

Según la doctrina Conciliar, que se atiene a la fuente de la Sagrada Escritura y de la Tradición, reclamada por la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* del Papa Juan Pablo II:

“La comunión eclesial exige el reconocimiento de la legítima pluralidad de las formas agregativas de los fieles laicos en la Iglesia y, al mismo tiempo, la disponibilidad a su recíproca colaboración” (nº 30).

El Santo Padre afirmaba, además, que en la acogida de la diversidad y de la pluralidad de las distintas formas asociativas se concreta la comunión eclesial:

“La comunión eclesial se configura, más precisamente, como una comunión ‘orgánica’, parecida a la de un cuerpo vivo y operante: de hecho, se caracteriza por la diversidad y la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades. Gracias a esta diversidad y complementariedad cada fiel laico

se encuentra en relación con todo el cuerpo y con ello ofrece su propia contribución...”

Esta doctrina de la “comunión” también ha encontrado una aplicación concreta en los estatutos del ICCRS, aprobados por la Santa Sede, que dicen así:

“La Renovación Carismática Católica (RCC) no es un movimiento único, unificado a nivel mundial. No tiene un fundador ni un grupo de fundadores como muchos otros movimientos. No tiene lista de miembros inscritos. Es un conjunto profundamente variado de individuos, grupos y actividades, totalmente independientes unos de otros, que se encuentran en diferentes niveles y modos de desarrollo con diferente importancia que, sin embargo, comparten la misma

¿Qué significa la compleja palabra “comunión” vivida en la diversidad de las expresiones carismáticas? Hermanos y hermanas: ¡Dios ama la diversidad, Dios bendice la diversidad carismática!

experiencia fundamental y se adhieren a la misma finalidad. Esta estructura de relaciones flexibles se encuentra a nivel diocesano y nacional, como también a nivel internacional. Estas relaciones frecuentemente se caracterizan por la libre asociación, el diálogo y la colaboración más que por la integración en una estructura ordenada. La dirección de esta realidad está caracterizada por el servicio ofrecido a aquellos que lo piden más que por una dirección en el sentido estricto de la palabra. Persiguiendo sus fines y sus objetivos el ICCRS busca ofrecer un servicio útil a la Renovación a nivel mundial. El ICCRS busca recoger sabiduría, intuición y experiencia de todo el mundo y, a su vez, lo hace disponible a nivel mundial. Cuando el ICCRS presenta enseñanzas, consejos, pastorales, promueve líneas de conducta y ofrece adiestramiento (aprendizaje, prácticas), lo hace como un servidor que ofrece ayuda, no como una autoridad que

requiere sumisión” (preámbulo).

En el contexto de la ‘comunidad en la diversidad’, también se precisa el papel de ICCRS:

“El ICCRS está al servicio de la RCC mundial como centro de unidad, comunicación y cooperación para realizar el deseo de Cristo: “Que todos sean uno” (Jn 17, 21) y para conservar el cuerpo de Cristo sin divisiones. Esta unidad se debe entender en el contexto de la diversidad, desde el punto de vista que dentro de la RCC puedan estar presentes, y de hecho lo están, distintas formas y manifestaciones” (art. 8).

¡La comunión no es sinónimo de uniformidad! La comunión eclesial sostiene la acogida de la diversidad, vivida con corazón puro, humilde y reconciliado.

Sin embargo, el principio fundamental de la comunión para cualquier forma asociativa reside en la autoridad eclesial, el Obispo, y no simplemente en la dirección de la agregación singular, ya que la Iglesia es apostólica y no delega en nadie esa particularidad de gobierno:

Un renovado impulso en el frente de la “nueva evangelización”, el gran horizonte que el Papa Benedicto XVI ha abierto de par en par a los cristianos del Tercer milenio.

“Entre estos dones está, en primer lugar, la gracia de los Apóstoles, a cuya autoridad el mismo Espíritu somete también a los carismáticos (cf. 1 Cor 14)... Así, los carismas, los ministerios, las responsabilidades y los servicios del Fiel Laico existen en la comunión y para la comunión. Son riquezas complementarias a favor de todos, bajo la sabia guía de los Pastores” (Ibid. 20)... Por esto ningún carisma se dispensa de la referencia y del sometimiento a los Pastores de la Iglesia. Con palabras claras el Concilio escribe: “El juicio sobre su (los carismas) autenticidad y bajo su ejercicio ordenado pertenece a aquéllos que presiden en la Iglesia, a los cuales corresponde especialmente no apagar el Espíritu, sino examinarlo todo y quedarse con lo bueno” (Cf. 1

Tes 5, 12 y 19-21), para que todos los carismas cooperen, en su diversidad y complementariedad, para el bien común (Ibid. 24).

Los “retos” de la madurez de la Renovación Carismática Católica

Sin duda, la madurez eclesial de la RCC no reside en su institucionalización. Surgirá con más fuerza de dos frutos esenciales:

- 1- La santidad de vida personal compuesta de oración y consagración.
- 2- Un renovado impulso en el frente de la “nueva evangelización”, el gran horizonte que el Papa Benedicto XVI ha abierto de par en par a los cristianos del Tercer milenio.

Esta tarea para el futuro de la Renovación Carismática Católica es un deber y un mandato, ¡pero también un gran privilegio!

Matteo Calisi

TESTIMONIO DE BRASIL FIUGGI 2006

Hoy me gustaría compartir con palabras las señales de esperanza que vivimos, como RCC en Brasil, y específicamente a partir de mi experiencia como Comunidad Católica Shalom.

La RCC en Brasil tiene más de 20.000 grupos de oración, con cerca de 12 millones de brasileños que ya tuvieron la experiencia del bautismo en el Espíritu. Gracias a Dios, muchas vocaciones al sacerdocio (por ejemplo, el P. Marcelo Rossi que, a través de la música y la animación, atrae a millares que han vuelto a la Iglesia). Vocaciones a la vida consagrada (por ejemplo, la Congregación Yahvéh Salvador y las Carmelitas del Espíritu

Santo), varias obras sociales y más de cincuenta comunidades nuevas, muchas a nivel parroquial y diocesano y algunas con alcance nacional e internacional (por ejemplo, la Comunidad Canção Nova [Canción Nueva], con una red de televisión y radio que alcanza a todo el territorio brasileño y parte de Europa y África).

Y como fruto de esta gran familia carismática les comparto mi experiencia en la Comunidad Católica Shalom:

A los 18 años recibí el Bautismo en el Espíritu Santo. Fue una experiencia que cambió mi vida y llenó de

color y sentido mi juventud. A partir de esta experiencia surgió en mi corazón una gran necesidad de evangelizar: dar gratis lo que gratis había recibido.

Cuando caminaba por las calles de mi ciudad mi corazón sufría al ver a millares de jóvenes que buscaban la felicidad sin saber dónde encontrarla, y la mayor parte de ellos nunca aceptarían una invitación para entrar en una iglesia o ir a un fin de semana de evangelización. ¿Cómo evangelizar a aquellos que buscan a Dios mismo sin saberlo? Era una pregunta que me inquietaba.

En 1980 yo tenía 20 años; el Papa Juan Pablo II visitó mi ciudad, Fortaleza. Nuestro Arzobispo me pidió que en nombre de los jóvenes de la ciudad le entregase un regalo al Papa. Le pregunté: ¿qué regalo debo darle? Él me respondió: no sé, eres tú el que debe escogerlo. Me quedé atónito, ¡lo que yo podría dar al Papa! Me puse en oración y entonces vi en mi corazón la imagen de todos los jóvenes, hombres y mujeres, que estaban lejos de la Iglesia y de Cristo.

Con una fuerte inspiración decidí darle como regalo al Papa mi juventud y mi vida para evangelizar a los jóvenes, a las familias, en fin, a todos los que estuviesen lejos de Cristo y de la Iglesia.

El día 9 de julio de 1980, impulsado por el Espíritu, a los pies del Papa, ofrecí mi vida y mi juventud para evangelizar.

Revivo ese momento como si fuera hoy, y dos cosas me marcaron profundamente:

- la mirada de Juan Pablo II que penetraba en mi alma y acogía las intenciones de mi corazón.
- su mano sobre mi cabeza, bendiciéndome y enviándome para la misión.

Después de este acontecimiento comenzó a surgir, poco a poco, en mi oración, una inspiración que me parecía medio loca: un joven que no va a la Iglesia va a una pizzería, a un bar... ¿Por qué no hacer una pizzería para evangelizar?

Me sentía completamente frágil e incapacitado, pero descubrí que a Dios le gusta utilizar lo que es pequeño y frágil para manifestar su misericordia y fuerza.

En 1982, apoyados enteramente en la providencia divina, abrimos la primera pizzería para evangelizar. En el exterior, una pizzería como otra cualquiera. En la parte de atrás, una capilla con el Santísimo expuesto en adoración, salas para el consejo y grupos

de oración. Los jóvenes llegaban para comer su pizza, y nos encontraban a nosotros, jóvenes que ya habíamos tenido una experiencia con Jesús vivo. Abrían la “Carta” y encontraban los nombres de los sandwiches y las pizzas: Maná, Ágape, Kerigma. Y luego llegaba la pregunta. ¿Qué significa este nombre? Era la oportunidad que queríamos para comenzar a hablar de Jesús y del Evangelio. La charla casi siempre terminaba en la capilla, delante del Santísimo, pidiendo el Bautismo en el Espíritu Santo.

El resultado fue impresionante. En poco tiempo había una multitud a nuestro alrededor. Los jóvenes traían a sus amigos, a sus familias, en fin, todo un pueblo de jóvenes y adultos. Percibimos que Dios nos daba un carisma particular: seríamos discípulos y ministros de paz.

Los que estaban al frente de todo sentirían el deseo y la llamada de consagrar sus vidas a Dios y a aquel pueblo que surgía.

Así nació la Comunidad Católica Shalom. De ella surgen sacerdotes, consagrados al celibato, familias y muchos jóvenes en vía de discernimiento de su estado de vida. Todos unidos por la contemplación, la unidad y la evangelización.

Hoy, a invitación de los obispos y en vista de la nueva evangelización estamos presentes:

· En 59 diócesis de Brasil y en más de 12 países de América, Europa, África, Oriente Medio y muy pronto en Asia.

· Como miembros de comunidad de vida somos cerca de 800.

· Como miembros de comunidad de alianza somos cerca de 4.000.

· Y hay aproximadamente 40.000 personas comprometidas con la obra.

La Pizzería fue sólo el comienzo; después intentamos evangelizar con creatividad, como por ejemplo:

Centros de evangelización, centros de formación de líderes, grandes eventos de evangelización, medios de comunicación (una editorial, cuatro emisoras de radio, programas de televisión), educación (un colegio y una universidad), escuelas de evangelización, puerta a puerta, promoción humana (servicio a los pobres), arte (música, teatro y danza [por ejemplo, Aleluya]).

Aleluya es un evento de 5 noches que nuestra comunidad realiza en el período del carnaval, en Fortaleza. En este período tan doloroso, donde miles de jóvenes se pierden en la prostitución y en las drogas, decidimos dar una opción diferente para nuestros jóvenes, haciendo un gran concierto



de música y arte con contenido moderno y evangelizador. Intercalando las presentaciones musicales con momentos de anuncio de la Palabra y testimonios. En medio de la multitud, un grupo de jóvenes preparados para evangelizar persona a persona. Detrás del escenario, el espacio de la misericordia: sacerdotes disponibles para la confesión. Cuando empezamos era un pequeño evento. El año pasado, diez años después del primero, durante las cinco noches tuvimos un total de 350.000 jóvenes.

El sábado, la noche principal, había 100.000 jóvenes. A mitad de la noche, entra solemnemente el Santísimo. Era impresionante ver la acogida y el reconocimiento de Jesús en los ojos de aquellos jóvenes que en su gran mayoría nunca habían tenido una experiencia del amor de Dios. Y más impresionante era ver los frutos de conversión en las enormes filas para recibir el sacramento de la reconciliación y comenzar un nuevo camino en sus vidas.

Acreditamos que una de las princi-

pales gracias del Espíritu se llama: Parresia.

Parresia: palabra griega utilizada en el Nuevo Testamento (Hechos de los Apóstoles) que significa osadía, audacia, falta de temor en el anuncio de Cristo, si es necesario enfrentándose al martirio.

Con parresia se superan las dificultades y se va al encuentro de las personas donde ellas viven, conviven, trabajan sufren o se divierten, y con creatividad de medios y lenguaje se presenta una verdad feliz de Cristo y de la Iglesia.

Parresia es un apasionamiento por Jesús, por la Iglesia y por la humanidad.

Queridos hermanos y hermanas yo creo firmemente que hoy el Espíritu nos dice: A pesar de nuestras debilidades y flaquezas (¡y nosotros tenemos muchas!), no tengamos miedo de anunciar explícitamente la persona de Jesucristo, en el poder del Espíritu y con la ayuda de sus carismas.

Hemos descubierto que la mejor respuesta al desafío de la secularización y el relativismo de este mundo post-moderno se llama parresia: ¡presentar con audacia a Cristo!

Benedicto XVI en los primeros días de su Pontificado dijo: “La Iglesia existe para evangelizar”.

Ofrezcamos nuestra vida a Cristo, a favor de nuestros hermanos. No hay evangelización sin ofrecimiento de vida. Benedicto XVI nos dijo en la Vigilia del pasado sábado: “La vida se encuentra donándola”.

Unamos nuestro corazón al corazón humilde de la Virgen María y con ella ofrezcamos nuestra pequeñez y dejemos resonar en nuestros corazones la voz del ángel que dice:

¡PARA DIOS NADA ES IMPOSIBLE!

Moisés Azevedo

A Tu Servicio

Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.



Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfono de contacto: 917735644 (Maria Jesús)
e-mail secretaria: beacarrasco@telefonica.net
Correo ordinario: Maria Jesús Casares Guillén
c/ Camino de los Vinateros, 119 –28033–Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:
Begoña Flórez, Chalo González, Clara Albert, Conchita Jiménez, Licerio Osuna, Mamen Sánchez, Maria Jesús Casares, María de la Fuente.